

III TALLER DE ESCRITURA TEATRAL

NIVEL INICIAL 2026

Impartido por:

Luis Felipe Blasco, Gracia Morales
y Juan Alberto Salvatierra.

Con textos de:

Pauline Gartner, Elena Benito, Beatriz Llosa,
Guillermo J. Caamaño, José Román Tendero y Mateo Muñoz.



Escuela de Teatro Remiendo

III TALLER DE ESCRITURA TEATRAL

Nivel Inicial 2026

Impartido por:

Luis Felipe Blasco, Gracia Morales
y Juan Alberto Salvatierra

Con textos de:

Pauline Gartner, Elena Benito, Beatriz Llosa, Guillermo J. Caamaño,
José Román Tintero y Mateo Muñoz.

PRÓLOGO

Los textos teatrales que siguen a estas palabras de introducción son los textos emanados del III Taller de Escritura Teatral de Remiendo, impartido por Luis Felipe Blasco, Gracia Morales y Juan Alberto Salvatierra entre los meses de febrero y mayo de 2026 y en el que han participado Pauline, Elena, Beatriz, Guillermo, Pepe y Mateo -también participó Alba, pero no pudo finalizar su texto-.

Como ejercicios de clase y tarea final del taller, la escritura de estas escenas estaba limitada por una serie de aspectos tanto formales -extensión, número de personajes, verosimilitud...- como temáticos. Así, más allá de lo formal, las escenas debían gravitar en torno a la idea de mudanza, entendida esta en un sentido amplio -como cambio, tránsito, inconstancia...- sin tener la obligación de representar en escena una mudanza física con sus cajas, embalajes y parafernalia, aunque bien podían, por supuesto, representarla así.

El resultado, como se puede leer -o ver y escuchar si se presenció la lectura dramatizada que se realizó de estos textos-, son unas escenas bien estructuradas, con personajes definidos, humanizados, en situaciones conflictivas. Con la escritura de estas escenas sus autores han construido unos cimientos dramáticos que les permitirán realizar nuevas y audaces construcciones teatrales.

Los textos aquí editados son el resultado del trabajo realizado en el III Taller de Escritura Teatral impartido en la Escuela de Teatro y Doblaje Remiendo por Luis Felipe Blasco, Gracia Morales y Juan Alberto Salvatierra.

El estreno, en forma de lectura dramatizada, se produjo el 5 de octubre de 2026 en la Sala Val del Omar, de la Biblioteca de Andalucía, en Granada, con el siguiente reparto (por orden de aparición):

Yolanda Espinosa, María Hita, Alicia Pérez, Ola Qamhiyeh, Pilar Hajar, Carmen Menéndez, Cristina Torres, Aurora Torres, Antonio Manuel Muñoz, Álvaro Blázquez, Marina Siri, Daniel Salguero, Jesús Banco.

De la producción se encargaron Cecilia Balassa, Carlos Gil Company y Fernando Martínez Vidal.

La dirección escénica corrió a cargo de Juan Alberto Salvatierra.

UNA REBECA AMARILLA

Pauline Gartner

DRAMATIS PERSONAE

MADRE. Mujer extravagante de unos cuarenta años.

HIJA. Joven de veinte años, sencilla y decidida.

Una mujer con un gorro de dormir de seda en una cama de un cuarto colorido, leyendo una revista. Las numerosas pinturas abstractas en las paredes son el testimonio de un mal gusto tremendo. Las sábanas de satén rojas, que la lámpara de diseño hace brillar, amplifican el desorden visual.

HIJA. ¡Mamá! *(Irrumpe la hija, vestida con ropa simple, arrastrando una maleta. Empieza a revisar los cajones de la habitación de su madre).*

MADRE. ¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

HIJA. ¿Dónde has puesto mi rebeca amarilla?

MADRE. Estará donde siempre, en tu cuarto. ¿Qué haces?

HIJA. La maleta. No. No está en el armario.

MADRE. ¿Aún sigues con esa idea? Déjate de tonterías, anda. Vete a dormir que es tarde.

HIJA. Pedro me espera. ¿Sabes dónde está mi rebeca o no? *(Sigue buscando entre la ropa de su madre, armando un caos en el cuarto, tirando todo al suelo).*

MADRE. ¿Pedro?

HIJA. Está abajo en el coche.

MADRE. ¿Y no puede venir a saludar Pedrito?

HIJA. Tiene prisa. Tenemos prisa.

MADRE. No da un palo al agua, pero vive con prisas. ¿Le están esperando en el Palacio Real?

HIJA. Deja de ponerle verde que ni siquiera lo conoces.

MADRE. No es culpa mía. En tres meses no ha tenido la decencia de invitarme a un café o de ofrecerme flores.

HIJA. ¡Ay, mamá! ¿Pero qué dices?

MADRE. Es educación, hija mía. Esto de ganarse a los padres con pequeños sobornos se ha hecho de toda la vida.

HIJA. Si acaso, las flores me las regalaría a mí, ¿no crees?

MADRE. Eso también. ¿Qué te ha regalado ese tacaño? Nada. Te deja pagar por todo. No entiendo qué le ves.

HIJA. Ir a medias es muy común hoy en día.

MADRE. ¡Bua!, estos hombres de ahora no valen nada. Son unos príncipesos.

HIJA. *(Se detiene y mira a su madre, patidifusa)*. ¿“Príncipesos”?

MADRE. Les dicen así en Tik Tok.

HIJA. *(Se da la vuelta y procede a seguir su meticulosa investigación en los cajones con cara de estar hasta la coronilla de la actitud de su madre)*. Se ve que a ti te ha ido mejor con mi padre. Él ni siquiera nos regaló su presencia.

MADRE. Ni me hables de él. El peor error de mi vida. Era un mindundi, un don nadie, que en cuanto pudo se largó con otra. Me manipuló con sus encantos, sus palabras de amor, su cuerpo musculoso... ¡Ay!, y en la cama...

HIJA. ¡Mamá!

MADRE. ...era una fiera.

HIJA. ¡Cállate, no quiero saber nada de eso!

MADRE. Siempre fui débil con los hombres. Por un poco de cariño me abría de piernas. Heredaste esto de mí.

HIJA. ¿Qué dices? No soy como tú. Yo busco amor de verdad.

MADRE. Y yo. Pero confundimos el amor con una sonrisa y algunas palabras bonitas.

HIJA. Habla por ti.

MADRE. *(Baja la revista)*. ¿Le preguntamos a Javi o a Víctor, a ver qué opinan? ¿O a Raúl, si lo prefieres?

HIJA. No es lo mismo. Estoy enamorada de Pedro.

MADRE. *(Para ella)*. Que no es lo mismo, dice. *(A su hija)*. Este Pablo no tiene nada de especial.

HIJA. Lo quiero y punto. Y se llama Pedro. A ver si te aprendes su nombre.

MADRE. ¿Para qué? Si tampoco te va a durar.

HIJA. No encuentro la rebeca.

La madre se levanta, dejando aparecer un camisón bastante cursi y muy sexy. Recoge la ropa que su hija ha tirado al suelo. Cierra abruptamente la puerta del armario que su hija estaba registrando.

MADRE. Oye, basta. No tengo tu rebeca amarilla.

HIJA. Vale, pues ya está. *(Silencio)*. Me voy.

MADRE. No, no te vayas. *(Coge la maleta y la desplaza lejos de la puerta)*. No quiero quedarme sola.

HIJA. Otra vez no, mamá. No podemos seguir viviendo juntas, las dos necesitamos nuestro espacio. La decisión está tomada. Dame la maleta, Pedro tiene el coche en doble fila.

MADRE. ¿Cómo te vas a ir con ese vago? ¿De qué vais a vivir?

HIJA. Deja de llamarle así. Tengo trabajo y Pedro empieza a ganar dinero con su proyecto.

MADRE. ¿El perchero ese para pelear?

HIJA. Se llama perchero defensivo.

MADRE. Hay que ver cómo está el patio para comprar un perchero a quinientos euros. Lo mismo hago yo con la escoba del Mercadona.

HIJA. Dame la maleta.

MADRE. No.

HIJA. Mamá, dame la maleta.

MADRE. No. Te necesito. Imagínate que me caigo y me rompo la cadera. ¿Quién me va a cuidar? Estoy sola en la vida desde que te traje a este mundo. No pude encontrar pareja, por este cuerpo deforme que me dejaste.

HIJA. Ay, no. Lo de las estrías otra vez, no.

MADRE. Sí, las estrías por el embarazo, y las tetas caídas por amantarte hasta los seis años. Dediqué mi vida a cuidarte y ahora me tratas así.

HIJA. ¡Tampoco te pases! No me culpes por tus michelines, que te inflas todos los días a bollería industrial. Dame la maleta.

La hija se va hacia la madre. Ésta se monta sobre la maleta a horcajadas, pero la hija logra apartarla. La madre agarra la maleta por donde puede y empieza una pelea de patio entre la madre y la hija.

HIJA. Suéltala, no sea infantil. *(Se rompe el asa de la maleta que se queda en la mano de la hija)*. ¿Sabes qué?, quédatela. No tengo tiempo ni fuerzas para pelear contigo otra vez. Me voy. *(Se dirige hacia la puerta)*.

MADRE. Espera. *(Se recompone. Se quita el gorro de dormir y se arregla el camisón. Se sienta en el borde de la cama, mirando al vacío)*. Tengo miedo del silencio. *(La hija se detiene, pero sigue de espaldas)*. Estás en una etapa maravillosa de tu vida y quiero que seas feliz, con un hombre digno de ti. Pero no sé si podré aguantar el silencio. Cuando no estás, se apodera de la casa y es cruel. Me recuerda que me hago vieja y estoy sola... No me imagino un silencio constante. Todos estos años, he sido tu madre, y nada más. ¿Qué va a ser de mí ahora si no te cuido?

Silencio. Se quedan quietas un momento. Después la hija se da la vuelta para hacer frente a su madre.

HIJA. Está bien. Le diré a Pedro que el domingo venimos a comer.

MADRE. *(Se levanta y va hacia el armario. Sale una rebeca de color amarillo)*. Toma, hija, que hace frío fuera.

PUNTO CIEGO

Elena Benito

DRAMATIS PERSONAE

ALICIA. Mujer, de 37 años. Padece trastorno bipolar. Viste de modo informal.

LIVIA. Mujer, de 35 años. Médico y amiga de Alicia. Elegante y sofisticada.

Salón de un apartamento, las doce de la mañana. En el lado derecho del escenario hay una puerta que da a otras dependencias de la casa. Junto a esa puerta, hay un escritorio con varios libros de Derecho, carpetas, sobres y un abrecartas. En el lado izquierdo, la puerta de acceso a la vivienda. Decoración minimalista. Sobre un sofá de dos plazas hay tirada gran cantidad de ropa femenina, en el suelo una maleta abierta a medio hacer. Pegada al sofá, una pequeña mesita con una jarra de agua, un vaso y varios botes con pastillas. Por el lado derecho, entra ALICIA con varias prendas en la mano. Camina nerviosa. Se arrodilla delante de la maleta y empieza a meter la ropa de cualquier manera. Por el lado izquierdo, entra LIVIA sin que ALICIA se dé cuenta. Lleva un bolso, lo abre y guarda en él unas llaves que tiene en la mano.

LIVIA. *(La llama con suavidad)*. Alicia....

ALICIA. *(Se gira)*. ¡Livia! ¿Cómo has entrado?

LIVIA. La puerta estaba entreabierta. Debes tener cuidado con eso.

ALICIA. *(Nerviosa)*. Pero si cerré con llave... *(Se dirige a la puerta de la calle)*. ¿Dónde están las llaves?

LIVIA. Las habrás dejado por ahí, ya aparecerán. No te preocupes, no ha pasado nada grave.

ALICIA. *(Rebuscando de un lado a otro)* No, no, no... no puede ser. Las dejé puestas, estoy segura. *(Se para de golpe y se gira hacia Alicia)*. ¿Qué haces aquí?... Yo no te he llamado... ¿Qué quieres?

LIVIA. Alicia, esta mañana tenías que haber venido a la consulta. Te he llamado varias veces, y al no contestar me he preocupado. Soy tu médico, pero también tu amiga.

ALICIA. ¿Tenía una sesión? No recuerdo... Perdóname Livia. Lo siento mucho. Tampoco encuentro el móvil, lo he buscado por todas partes.... Estoy muy nerviosa..., y asustada. (*Se dirige a la maleta para seguir guardando ropa*). No tengo tiempo... no tengo tiempo...

LIVIA. Cariño, cálmate y cuéntame qué te pasa.

ALICIA. Me voy.

Silencio.

LIVIA. ¿Te vas? ¿A dónde te vas?

ALICIA. Me voy, me voy... tengo que irme... No puede saberlo. No le digas nada, por favor.

LIVIA. Me estás asustando. ¿Que no le diga nada a quién?

ALICIA. A Tito. (*Deja de meter ropa en la maleta y se dirige con rapidez a la puerta de la calle*). Yo cerré... yo cerré la puerta. ¿Cómo has entrado?

LIVIA. (*Coge uno de los botes de pastillas de la mesita y lo mira*). Alicia, ¿te estás tomando la medicación?

ALICIA. (*Nerviosa*). Sí, sí, sí....

LIVIA. No me mientas.

ALICIA. Sí, bueno... no. No la necesito... Ya estoy recuperada. Seguí el tratamiento y la terapia, hice todo lo que me dijiste... Ya estoy bien. (*Volviendo a la maleta, y susurrando*). No necesito más pastillas.

LIVIA. De acuerdo, como quieras. (*Pausa*) Cuéntame, ¿qué es eso de que te vas?

ALICIA. (*Habla de corrido*). Me voy, Livia. Me voy de esta casa para no volver. No quiero que Tito lo sepa... no quiero que se lo digas... no quiero que me encuentre... no quiero, no quiero....

LIVIA. ¿Qué ha pasado?

ALICIA. Lo oí... lo oí todo por teléfono... Se lo estaba diciendo a ella... se lo decía... Tengo miedo... No puedo quedarme aquí... No puedo encontrarme.

LIVIA. (*Se acerca a ALICIA, la agarra de la mano y la lleva al sofá. Se sientan las dos*). Cielo, estás muy nerviosa, cálmate. Respira profundamente. ¿Quieres un poco de agua?

ALICIA. Necesito irme... No quiero agua... Necesito irme.

LIVIA. Eres libre para irte o quedarte. ¿Qué ha pasado entre Tito y tú?

ALICIA. Anoche..., como no podía dormir me levanté y él estaba en el baño hablando por teléfono..., bajito para que no le oyera. ¡El muy cabrón!

LIVIA. ¿Qué oíste, Alicia?

ALICIA. (*Con voz temblorosa*). Decía... decía... "No te preocupes, está todo arreglado. Un cliente del bufete conoce a unos búlgaros. Será caro pero definitivo, no sufrirá". ¡Quiere matarme, Livia!

Pausa.

LIVIA. Alicia, creo que es el momento de considerar un nuevo internamiento. Necesitas ayuda. Conozco una clínica en Madrid especializada en el trastorno bipolar. Son grandes profesionales. Es cara, pero los resultados son incuestionables.

ALICIA. (*Agitada, se levanta del sofá y camina por la habitación*). ¡Que no, que no! No quiero internarme, no quiero pasar por eso otra vez. No lo entiendes... no lo entiendes...

LIVIA. (*Hablando suavemente*). Tito te quiere, nunca te haría daño. Lleva doce años a tu lado, desde tu primer brote. Sin una queja, sin un reproche. (*Silencio*). También ha sido duro para él, créeme.

ALICIA. ¿Dónde está mi móvil? (*Rebusca dentro de la maleta*). No puedo irme sin mi móvil....

LIVIA. (*Con voz enérgica*), ¡Alicia!

ALICIA. ¿Por qué le defiendes?... que ha sido duro para él... sí, muy duro. Tanto que tiene una amante. (*Se ríe a carcajadas*). El muy tonto cree que no lo sé.

LIVIA. ¿Qué sabes?

ALICIA. Te lo acabo de decir, le oí hablar en el baño. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

LIVIA. ¿Por qué crees que tiene una amante?

ALICIA. No lo creo. ¡La tiene! Después de lo de los búlgaros dijo "mi amor, ya no nos queda nada. Seré libre y por fin estaremos juntos. Ya no soporto más esta situación. Mañana, será mañana".

LIVIA. ¿Qué más escuchaste?

ALICIA. ¿Te parece poco? Seré bipolar pero no tonta. ¡Va a matarme para quedarse con su amante! (*Cierra la maleta*). Tengo que irme ya mismo, ya... ya....

LIVIA. Cielo, si quisiera irse con otra mujer, lo haría. No necesita matarte.

ALICIA. No, no puede. Me necesita muerta. (*Empieza a temblar*). Muerta, muerta... Es por el bufete... Mi padre lo dejó todo bien arreglado.

LIVIA. ¿El bufete?

ALICIA. Sí, mi padre fue el socio fundador. Dejó en su testamento una cláusula para protegerme. Si Tito se separa, o me abandona, pierde su condición de socio y le echan a la calle. No tiene opción.

LIVIA. (*Se levanta del sofá. Coge su bolso y saca un frasco de pastillas*). Alicia, estás sufriendo un brote. Como médico tuyo quiero que te tomes estas pastillas. Es litio, te relajará y podrás descansar un rato.

ALICIA. No voy a tomarme nada. Lo veo todo con mucha claridad, no estoy ciega.

LIVIA. Como amiga, quiero tu bien. Estoy aquí contigo y me tendrás siempre a tu lado. Tomate las pastillas, las necesitas.

ALICIA. ¿Me crees?

Silencio.

LIVIA. Si, te creo. Creo que Tito tiene una amante y creo que quiere matarte. Pero también creo que debes descansar un rato y después te ayudaré en lo que necesites.

LIVIA le ofrece las pastillas. ALICIA duda y finalmente las coge, se toma un par de ellas y bebe un vaso de agua.

LIVIA. Ve a echarte un rato. No me moveré de aquí.

ALICIA la abraza y sale por la derecha, pero se queda en el umbral. LIVIA coge su móvil y hace una llamada.

LIVIA. Tito, amor. No podemos esperar más. Diles que vengan ya. Alicia lo sabe todo.

LIVIA cuelga. ALICIA se saca, una a una, las pastillas de la boca. Coge el abrecartas del escritorio y camina hacia LIVIA.

ALICIA. Sí, Livia. Lo sé todo.

EL NIDITO

Beatriz Llosa

DRAMATIS PERSONAE

MAITE. Mujer en la treintena. Lesbiana, moderna, tatuajes y ropa alternativa.

ALMA. Mujer autista en la treintena. Lesbiana, moderna, tatuajes y ropa alternativa.

ALMA y MAITE entran al salón de un piso casi vacío, sólo hay dos baúles y cajas por el suelo.

MAITE. Me encanta el piso, hemos triunfado. Mucho más bonito en la realidad que en el vídeo que me mandaste.

ALMA. Yo no me puedo creer que por fin tengamos nuestro nidito de amor. A mí nunca me pasan cosas buenas, pero de pronto, tú, y ahora, viviendo juntas. Pellízcame suavemente, debo de estar viviendo un sueño; o si no, me he muerto y estoy en el paraíso VIP.

MAITE. (*Sonríe*). Si no te conociera bien, pensaría que me dices zalamerías, pero sé que eres incapaz de mentirme, eso me maravilla de ti. Amor, yo también estoy feliz y sorprendida de haberte encontrado; mis parejas no duraban más de seis meses, pero contigo, hasta que la muerte nos separe.

ALMA. ¿Muerte? Lagarto, lagarto.

Se sientan en los dos baúles, cada una con su caja, y van desembalando sus enseres personales. MAITE saca cuadros, objetos bellos y delicados; ALMA, stimmers, auriculares de diadema, comics manga, un peluche de gato, una manta de peso, etc.

MAITE. Y tenemos ¡tres habitaciones! Lujo asiático. A ver, de las dos grandes, está claro que la que da a la alameda será la nuestra. Y luego, tú necesitas la otra de despacho. ¿Me puedo quedar yo con...?

ALMA. (*Interrumpiendo*.) ¿Nuestra habitación, la que da a la alameda? A mí me gustaría dormir en la grande que da al patio interior; la veo más recogida, íntima y silenciosa. Ya sabes, mi hipersensibilidad auditiva.

MAITE. Pero, amor, con esa cristalera al parque y esa luz, se te van a olvidar todas las hipersensibilidades; si es la habitación ideal...

ALMA. Lo hemos hablado mil veces, te dije que yo tendría algunas necesidades innegociables; no son caprichos, mato mi sistema nervioso si no les hago caso.

MAITE. Sí, sí, claro. Pero tú me hablaste de casi no ir a eventos sociales, de necesitar bastante tiempo para ti sola, para poder recargarte y regularte, de tus súbitos cansancios con nombres ingleses: *shutdown*, *meltdown* y *nosecuantosmásdown*, de usar tus sábanas de algodón orgánico por tu hipersensibilidad táctil, de tu necesidad de previsión y rutinas... Pero, ¿cuándo me hablaste de renunciar al mejor cuarto del mundo, que fue lo que me hechizó del vídeo que me enviaste?

ALMA. Vale, Maite, genial. Ya te vale.

Se quedan serias y calladas por un momento.

ALMA. La luz fuerte y el ruido me desregulan muchísimo. En este mundo tan agresivo para las personas hipersensibles, yo tengo que estar a gusto en mi casa; es mi lugar seguro, donde me siento a salvo, sin violencias.

MAITE. Ay, por favor, no entres en drama. Me da jaqueca.

ALMA. Es que ser autista en este mundo excesivo, es un drama.

MAITE. El cuarto interior es una tumba, no te va a alegrar, y a mí menos. Nos vamos a deprimir allí.

Pausa. Siguen desembalando.

ALMA. Mira, no te voy a hacer renunciar a tus vistas, quédate tú ese cuarto. Yo pondré otra cama y una mesa de despacho en el cuarto interior y nos visitaremos cuando queramos, ¿te parece?

Pausa.

MAITE. No. ¿Acabamos de llegar y ya nos estamos separando? No, no; dormiremos juntas en el cuarto grande que da al patio, amor.

ALMA. Ay, Maite, qué alegría me das.

MAITE. Que todo sea eso en la vida, corazón. Esa habitación es grande y tranquila, estaremos como reinas.

ALMA. (*Besa en los labios a MAITE y la abraza*). No voy a dejar ni un centímetro de tu piel sin besar...

MAITE se aparta lentamente.

ALMA. ¿Qué te pasa?

MAITE. Pues... Te hablé de mis etapas de frigidez, ¿verdad? Ahora estoy atravesando una. La noté ya en Dublín, dos días antes de volver aquí.

ALMA. ¿Frigidez?, pero... ¿qué dices? Si tú eres un volcán de viva pasión.

MAITE. A veces puro deseo; otras, incapaz de excitarme. Paso de una etapa a otra sin previo aviso y sus duraciones son variables.

ALMA. ¿No te apetece tener sexo conmigo?

MAITE. Es un ciclo físico que se da en mí, mis hormonas están como cabras locas. Pero no tiene nada que ver contigo.

ALMA. No me lo habías contado. Y, ¿cuánto tiempo puedes estar en “fase hielo”?

MAITE. Como máximo dos meses. De pronto, un día, vuelve el deseo y todo se normaliza.

ALMA. Madre mía, con lo que te he echado de menos durante tu viaje y las ganas que te tengo.

Pausa.

ALMA. Maite.

MAITE. Dime.

ALMA. ¿Podríamos volver a considerar que yo tenga una gata?

MAITE. ¡Estás aprovechando mi frigidez para chantajearme!

ALMA. No, pero es que cuando estoy triste, una gata me regula, es terapéutica, me da mucho bienestar.

MAITE. Uf, pelos por todas partes y sólo vas a estar con ella, no me vas a hacer ni caso a mí. Te juro que me pongo celosa.

ALMA. Yo limpio todo, no verás ni un átomo de pelo. Y te querré más que nunca por permitirme tenerla. Además, Instagram está lleno de vídeos de gente que se opone a que entre un gato en casa, y luego se les ve chochos con el animal ronroneándoles encima. Ya verás, tú también te enamorarás.

MAITE. Bueno, déjame pensarlo un poco. No te digo ni que sí que no.

ALMA. Miau.

MAITE. ¿Miau?, menuda gatita parda estás tú hecha. Oye, otra cosa: me ha escrito mi hermano. Viene a Madrid cada dos meses aprox para asistir a mítines y reuniones de su partido.

ALMA. Todavía no conozco a tu hermano... y te pones muy seria cuando hablas de él.

MAITE. Me gustaría ofrecerle alojamiento.

ALMA. ¿De qué partido es?

MAITE. (*Tarda en responder.*) De Vox. No coincido con su ideología, pero es familia y lo tengo que respetar.

ALMA. ¿Sabe que vives conmigo?

MAITE. Aún no, he estado muy liada últimamente, ya lo sabes.

ALMA. Vaya... Y, ¿sabe que eres lesbiana?

MAITE. Mmm. No. Es que él y yo tenemos otro tipo de conversaciones, no nos metemos en profundidad.

Pausa. Siguen desembalando en silencio.

ALMA. Pues se lo tendrás que decir, porque si no, a ver si nos va a montar un pollo misógino aquí.

MAITE. Alma, por favor; no me presiones. Se lo diré, claro, antes de que venga aquí.

ALMA. Es que ni lo conozco. Y si ni tú te atreves a ser quien eres con él, pues yo me imagino muy cohibida, como una pulguita chiquitita. ¿Cuántos días se va a quedar?

MAITE. No sé, los que él quiera. Esta es mi casa, ¿o no?

Pausa.

ALMA. Maite, estoy sintiendo un miedo atroz, aquí, en la boca del estómago. ¿Y si nos resulta muy difícil la convivencia? Y llego un día a casa, y tus cosas y tú ya no estáis, y habéis volado...

MAITE. Pero, ¿qué dices? Si me tienes loca por tus huesitos.

ALMA. Es que, hasta hoy, no hemos pasado más de ¿diez? días seguidos juntas bajo el mismo techo; y ahora, tendremos que tomar decisiones conjuntas continuamente, como si puedo tener gata, las visitas o

quién se va a comer la próxima reunión de la comunidad.

MAITE. Te entiendo, sí; de golpe, hay muchos temas por decidir. Pero podemos ir despacito, con pasos de bebé.

ALMA. Oye, si no vas a tener deseo por mí durante, digamos, un mes ¿cómo vamos a zanjar las tensiones entre nosotras? Siempre lo hemos hecho devorándonos.

Pausa.

MAITE. Pues, no sé. Podemos tomarnos las manos y mirarnos fijamente a los ojos hasta que nos parezca una tontería estar enfadadas, nos entre la risa y nos abracemos.

Se cogen de las manos frente a frente. Primero serias y luego se ríen y juntan sus frentes.

OPTACIÓN

Guillermo J. Caamaño

DRAMATIS PERSONAE

MATAS. Mujer, jefa de cirugía de un hospital, mediana edad.

AGUIRRE. Hombre, ingeniero, más joven que MATAS.

En una consulta médica, MATAS está sentada tecleando en un ordenador sobre una mesa en la que también hay objetos personales y un gran bolso. Viste una bata blanca y lleva un fonendoscopio colgado del cuello. A su espalda, en alto, un ventanal por el que se ve un cielo azul. Delante de la mesa hay una silla vacía. Alguien llama a la puerta con los nudillos.

MATAS. ¡Adelante!

AGUIRRE entra y se queda junto a la puerta. Viste camisa, chaqueta y pantalón. Con cada frase, se acerca un poco más a MATAS.

AGUIRRE. Buenos días, doctora Matas.

MATAS. Buenos días. No pensé que tendría la desfachatez de aparecer por aquí.

AGUIRRE. No habría venido si no fuese muy urgente. Mi hijo Andrés está en quirófano ahora mismo. Le pido mil disculpas, entiendo que le incomode hablar conmigo.

MATAS. Señor Aguirre, usted no entiende nada. Pero váyase tranquilo, los cirujanos que están con su hijo son los mejores de mi equipo.

AGUIRRE. Por eso he venido. La operación se ha complicado y no se atreven a extirpar el tumor. Piensan que la única posibilidad de que Andrés sobreviva es que usted le intervenga.

MATAS. Con todo respeto, no suelo discutir sobre procedimientos quirúrgicos con los padres de mis pacientes. Y usted no es médico.

AGUIRRE. No, sigo siendo ingeniero... aunque trabaje fregando suelos en un centro comercial. No hace tanto que me vio usted, no disimule ahora... decidió ignorarme, lo entendí y lo respeté. Pero lo que no puede

hacer ahora es ignorar el criterio de sus propios colegas.

MATAS. Debería hablar con la psicóloga del hospital. Por desgracia, hay situaciones que son inevitables. No sirve de nada rebelarse cuando no hay solución.

AGUIRRE. Sólo le pido que lo intente. Se lo pido como padre. Usted también...

MATAS. Le prohíbo que hable de mi hija.

AGUIRRE. Si pudiera cambiar el pasado... pero no puedo. Lo siento. Siento mucho su pérdida.

MATAS. ¿Usted siente mi pérdida? Bueno, yo también siento la suya... ¿A que ya se encuentra mejor? Hace seis años descubrí que la realidad puede mudar de repente, sin que se pueda hacer nada para evitarlo.

AGUIRRE. Yo no puedo cambiar aquello. Pero todos en este hospital parecen creer que usted sí puede evitar lo que le está pasando a mi hijo. Por favor, ¡por favor!, ¿de verdad va a poder dormir esta noche, sabiendo que ha dejado morir a un niño?

MATAS. Ya no duermo por las noches, ¿y usted?

AGUIRRE. Desde que le detectaron el tumor a Andrés, no he podido pegar ojo. Ha ido todo muy rápido...

MATAS. Le va a resultar duro. Sobre todo, al principio. Su propia casa le resultará extraña. Le parecerá que se ha mudado a otra parte, pero la realidad es que se habrá mudado a otra vida, donde todo es diferente aunque tenga el mismo aspecto. Será incapaz de reconocer el sillón donde solía sentarse, la mesa sobre la que comían juntos, la mochila con los libros que ya nadie abrirá. Y se preguntará constantemente por qué él y no usted... por qué el destino se muestra cruel e insensible ante una criatura inocente. ¿Sabe una cosa? A mí me habría gustado poder elegir. Que me hubiesen preguntado: ¿Qué prefiere? ¿lamentar para siempre la muerte de su hija? ¿o que ella conserve la vida, entregando la suya a cambio?

AGUIRRE. Esa pregunta no tiene sentido.

MATAS se levanta y habla mientras pasea por la habitación.

MATAS. Apuesto a que no recuerda su nombre. Se llamaba Laura. La última vez que la vi, le dije adiós desde el coche. Tenía guardia ese día. Estaba preciosa, jugando en el jardín.

AGUIRRE se sienta en la silla junto a la mesa de MATAS, apoya los codos en las rodillas y se sujeta la cabeza entre las manos.

MATAS. Quién iba a pensar que poco después quedaría aplastada, literalmente, por el alerón perdido de un avión. Es algo impensable. Casi imposible, estadísticamente.

AGUIRRE. Admití mi responsabilidad en el juicio.

MATAS. Debo tener mala memoria. Lo que yo vi fue a un miserable, una alimaña que se agazapaba y serpenteaba de la mano de su abogado entre dudas, suposiciones y acusaciones a sus subordinados.

AGUIRRE. Para las revisiones se desmonta todo... el mecánico que debía volver a fijar el plano horizontal de cola se fue antes de tiempo... los del siguiente turno se saltaron la comprobación...

MATAS. Y usted...

AGUIRRE. Yo... yo era el supervisor...

MATAS. Recuerdo perfectamente cómo la prensa publicó en primera página la muerte de los dos ejecutivos y el piloto que viajaban en aquel jet privado, las fotos de restos desperdigados por el bosque. Ellos eran gente importante. Casi nadie habló de mi hija. Y nadie, excepto la compañía, pagó por ello.

AGUIRRE. No cumplieron mis órdenes... los procedimientos...

MATAS. Tuvo mucha suerte. El jurado se ablandó cuando la compañía aceptó pagar las indemnizaciones máximas. No me permitieron hablar, al parecer yo no era parte interesada y debía darme por satisfecha con un puñado de billetes, que he sido incapaz de utilizar para comprar

nada. Las cosas que usted y yo deseamos no se pueden comprar... aunque quizás... se podrían... intercambiar. *(Abre el ventanal, que queda a la altura de su cuello, y se asoma al exterior)* Pedí instalar mi despacho en la octava planta porque aquí siempre sopla el viento. Me ayuda a despejar las ideas. *(Hace una pausa y se acerca a AGUIRRE)* A mí nadie me preguntó, pero... ¿qué haría usted si le preguntasen... desea lamentar para siempre la muerte de su hijo? ¿mudarse a una casa extraña sin cambiar de lugar? *(Mientras habla, acerca su silla a la pared, bajo la ventana, y se aparta)* ¿O prefiere que su hijo conserve la vida, entregando la suya a cambio?

AGUIRRE. Está cegada por el rencor. No puedo creer que hable en serio.

MATAS. Yo me habría sentido afortunada si hubiera podido elegir.

AGUIRRE. Esto va en contra de su juramento hipocrático.

MATAS. Usted no es mi paciente.

AGUIRRE. Un supuesto suicidio bajo su ventana le traería problemas. Tendría que dar muchas explicaciones.

MATAS. Le sorprendería la cantidad de personas que se arrojan por las ventanas de los hospitales. Normalmente se debe a que están desesperadas. ¿Está usted desesperado, señor Aguirre?

AGUIRRE se acerca a la ventana. Sus movimientos son lentos y reticentes. Cuando va a subir a la silla, MATAS vuelve a hablar.

MATAS. Alguien tan cobarde sólo podría hacerlo de espaldas, sin mirar abajo.

AGUIRRE se sube a la silla dando la espalda a la ventana, se sienta en el borde y rompe a llorar, pero se recompone.

MATAS. Parece que el motivo de su visita ya no le resulta urgente.

MATAS aparta la mirada. AGUIRRE cierra los ojos y se lanza hacia atrás. Sin prisa, MATAS devuelve su silla a la posición original, apaga el ordenador, recoge algunas cosas de la mesa, las mete en su bolso y se lo cuelga del hombro. AGUIRRE aparece por la puerta, cojeando y muy indignado.

AGUIRRE. ¡Quería humillarme, burlarse de mí, haciéndome creer que esa ventana daba a la calle! ¡Enhorabuena, lo ha conseguido!

MATAS. Necesitaba conocer su elección, saber si entre sus argumentos de tembloroso padre afligido se escondía algo de verdad.

AGUIRRE. ¿Y ha llegado a alguna conclusión?

MATAS. Tengo que dejarle, me esperan en quirófano. No olvide cerrar la ventana.

MATAS sale. AGUIRRE se masajea brevemente una rodilla, cierra la ventana y se marcha con una leve cojera.

DINOS «SÍ, QUIERO»

José Román Tendero

DRAMATIS PERSONAE

FÉLIX. Hombre de unos setenta años, feliz, con la bufanda del Granada al cuello.

HIJA. Mujer que ronda los cuarenta, activa, con atuendo informal y aire cansado.

Entra en escena FÉLIX a una cocina moderna de tipo lineal con una mesa y cuatro sillas en un extremo. De fondo se oyen los ecos de HIJA advirtiéndole a alguien sobre el uso de la tableta y el móvil. Suena, entonces, el de FÉLIX, que lo coge con nerviosismo.

FÉLIX. *(En voz baja, sin dejar de mirar a la puerta)*. Menos mal, justo a tiempo. Sí, tengo la tarjeta, mi amigo Eliseo, el de la imprenta, me la ha llevado al fútbol. Sí, díctamelo para escribirlo en ella. "No podemos... darnos el Sí...", sí, ya, con mayúsculas... "sin tenerte a nuestro lado... ¿Quieres ser... nuestra madrina... de boda?". Me gusta... Vale, ya está... Perfecto... No te preocupes... *(Silencio)*. Sí, sí, me las apañaré para que me responda antes de medianoche... En cuanto lo sepa... descuida. Un beso.

Félix guarda la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta, se dispone a preparar algo de cena y trájina en los cajones y en la nevera con poco esmero. Entra HIJA con gasas y esparadrapo en las manos.

HIJA. *(Con aspecto cansado y alterada)*. La que estás armando, papá. Con lo delicados que son estos muebles. ¿Qué buscas?

FÉLIX. Nada, hija. Iba a hacerme un huevo frito con...

HIJA. Anda, estate quieto y déjame a mí. *(Pone en la mesa el esparadrapo y las gasas)*. En la cocina, lo único que haces es estorbar. Lo haré yo. Aunque un huevo frito por la noche, no sé. Lo aligeraré con unas judías, ¿o espinacas?, y brócoli. De postre, un yogur natural.

FÉLIX. Pero, no te molestes, hija, el huevo sé hacerlo yo y lo demás está en la nevera. Solo hay que sacarlo y calentarlo en el microondas.

HIJA. Anda. Tú no sabes dónde están las cosas y lo único que harás es ensuciar y desordenarlo todo. Bastante tengo ya con lo que todavía

me queda por hacer para mañana. Tú siéntate a la mesa.

FÉLIX. ¿Y los niños? ¿Ya los has acostado?

HIJA pone la sartén en el fuego y busca en el frigorífico.

HIJA. El niño, sí. Estaba muerto. No es raro en un crío de seis años, después del palizón de las competiciones y de tener que ir los dos de acá para allá. La niña está con los deberes. No ha podido hacerlos por la fiesta a la que yo la he tenido que llevar. Pero, no me fío ni esto de una adolescente con esos auriculares y el móvil al alcance de la mano.

FÉLIX. Entonces, tenemos tiempo para hablar...

HIJA. Ahora no puedo. En cuanto te lo ponga todo, es decir, ya, me encierro en el cuartillo y adelanto trabajo para mañana. Se acerca el fin de curso, todo son tareas que se acumulan y prisas. *(Pone platos y cubiertos en una bandeja)*. ¿Qué tal el partido? ¿Han ganado? Y Eliseo, ¿cómo está?

FÉLIX. Sí, 1-0, pero lo mejor de todo es que echas la tarde distraído, hablando con gente mientras picoteas y te tomas unas cervezas. Ganar o perder casi es lo de menos. *(HIJA coloca en la mesa la bandeja con la comida)*. Pero quería decirte algo importante.

HIJA. Ya, ya sé que todo lo tuyo es siempre importante. No dejas de repetirlo. Sobre todo desde que te jubilaste y a pesar de que ahora tienes todo el tiempo del mundo. Al contrario que yo, con la casa, los niños, el trabajo. *(Se lava las manos y se las seca)*. Pero eso no tiene importancia para ti.

FÉLIX. Nunca me habrás oído decir que no la tenga.

HIJA. Pues ya está todo dicho, tú puedes esperar, el trabajo no, es urgente. Por cierto, mañana tendrás que llevar a los niños al cole. Por la tarde, al niño, al médico. Se ha caído en las carreras y no para de quejarse de una pierna.

Amaga con dejar la cocina y FÉLIX la coge por el brazo.

FÉLIX. Yo también existo, ¿sabes? Y no solo para ocuparme de ellos,

que raro es el día que no tengo que llevarlos a algún sitio. Escucha lo que te tengo que decir que es crucial y tienes que responderme esta noche.

HIJA se suelta el brazo.

HIJA. Vale, ya veo que no es importante, sino crucial, ¿no? Por favor, papá, no seas pesado y no me entretengas. Te prometo que mañana hablamos.

FÉLIX aparta la bandeja y se levanta con ella en las manos.

FÉLIX. Eso es lo que dicen los funcionarios al público para darle largas, no una hija a su padre. ¿O es eso lo que soy para ti? ¿Un trasto que manejas a tu antojo? Hay que ver para lo que ha quedado uno.

HIJA. No digas eso, papá; sabes que no es así. Cuidas de los niños, haces la compra, te encargas de las chapuzas, llevas los recados y encargos...

FÉLIX deja la bandeja en la encimera.

FÉLIX. Vamos, que soy como tu asistente personal 24/7.

HIJA. Papá, tienes mucho tiempo libre, ¿recuerdas? No trabajas.

FÉLIX. Pues, al final, hago más que nadie. Para los vecinos soy el malo que les dice las verdades y el tonto que se ocupa de las tareas molestas de la comunidad. En casa, no puedo echar la siesta porque tengo que llevar al niño a inglés, a la niña a baile, porque tengo que ir detrás del electricista o rogando por un fontanero. Y no tengo tiempo para hacer lo que me gusta. Eso sí, puedo tomar el sol en un banco, aburrirme con otros jubilados, hablar de achaques y dar paseos con las manos atrás y los pies a rastras. Pero lo que yo quiero es hacer planes y tener proyectos.

HIJA. Vale. Cuando tengas uno distinto, me lo dices, que yo te escucharé.

FÉLIX. Es lo que intento decirte. Tengo uno. Me voy a casar.

HIJA. (Paralizada e incrédula). ¿Cómo?

FÉLIX. Pues eso, que me voy a casar. (*Baja la voz*). Si te parece bien, claro.

HIJA. Venga ya, papá, no intentes distraerme y déjate de bromas. (*Le hace un cariño*). Tengo que hacer. De verdad.

FÉLIX. Bueno, ya lo he soltado. Luego no digas...

Se dispone a tirar la comida a la basura.

HIJA. Papá, no puedes estar hablando en serio. Tienes sesenta y nueve años.

FÉLIX. Sé mi edad y la situación en la que me encuentro perfectamente.

HIJA. Pues, perdona, pero a mí no me lo parece. ¿Qué quieres que te diga? Y no veo nada bien que pienses en esas cosas. Hablaré con tus amigos, con Eliseo, seguro que ellos te abrirán los ojos y te harán entrar en razón.

FÉLIX. Ya lo saben. Y dicen que soy muy valiente, que ánimo.

HIJA. ¿Valiente? Yo diría, más bien, que temerario. ¡A estas alturas! ¿Y quién es ella? ¿Se puede saber? ¿La conozco?

FÉLIX. Sí, aunque no sé si la recordarás. Se llama Lourdes y viene con sus hijos todos los veranos, sus padres eran de aquí. Antes la acompañaba su marido, pero se separó hace ya y ella sola tuvo que sacarlos adelante.

HIJA. Era enfermera, ¿no? Pobre mamá. (*Se echa las manos a la cara*). Nunca dijiste nada. ¿Lo sabía?

FÉLIX. Nooo, no hubo nada entre nosotros. Solo era una conocida.

HIJA. Una conocida... muy guapa. ¿Es eso lo que buscas?

FÉLIX. Hija, parece mentira, a mi edad no es eso lo que se busca.

HIJA. Perdona, papá, es que estoy tan descolocada. Entiéndeme. Lo siento.

FÉLIX. Es una buena mujer. Con ella me siento seguro y bien, como con tu madre. Si no fuera así no me arriesgaría a irme tan lejos.

HIJA. ¿Tan lejos, dices? ¿Te vas a ir? ¿A dónde?

FÉLIX. Vive a 1.000 kilómetros de aquí. Pero siempre os llevaré en el corazón.

HIJA. ¿Quieres decir que nos dejarás? Otra vez sola, abandonada. Con dos niños y un sueldo miserable que no da para llegar a fin de mes. *(Llora desconsoladamente)*. No, esto debe ser una pesadilla. No, no y no. *(Se abraza a FÉLIX, que le acaricia los cabellos)*. Dime que no es verdad y dame un beso que haga desaparecer mis miedos, no me dejes sola.

FÉLIX. Vamos, mi niña, tranquilízate. Ya verás como todo sale bien y estás mejor sin el estorbo y la carga que soy yo. Saldrás adelante, reharrás tu vida y seremos felices cuando nos veamos todos a gusto.

HIJA. *(Sollozando)*. ¿Y cuándo los niños enfermen o yo tenga que ir de viaje? Cuando necesite llamar a un albañil o llevar el coche al mecánico. No, papá, lo siento, te necesito conmigo. ¿Qué será de nosotros sin ti?

FÉLIX. Todo es ponerse. Los gananciales de tu madre te vendrán fenomenal.

HIJA. ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

FÉLIX. La parte de los bienes conjuntos que teníamos entre ella y yo los voy a poner a tu disposición. Están sin tocar, incluso han aumentado. También, el plus de viudedad que ahorré pensando en ti y no para de dar beneficios. Además de la casa del campo. O el piso, si lo prefieres. Te lo anticiparé todo para que lo recibas sin tener que esperar a que me muera. Yo tengo suficiente con mi parte y con la paga que me quedó.

HIJA. *(Sorprendida, secándose las lágrimas)*. Gracias, papá. Otro bonito cuento que no me habías contado y que tú vas a hacer realidad para mí.

Lo abraza.

FÉLIX. Tienes que estar cubierta. Mi hija y mis nietos deben ser lo primero. Es lo que también piensa Lourdes.

HIJA. ¿Y si te pasara algo?

FÉLIX. Bueno, está ella. Y sus hijos, que también se preocupan. Mira, me ha dado esto. *(Le entrega la tarjeta que le hizo Eliseo y que él mismo relleno con lo dictado por Lourdes)*. Necesito tu respuesta antes de medianoche, la hora tope para fijar la fecha de boda para el día en que ambos cumplimos años..

HIJA. Nunca dejarás de sorprenderme. Lo callado que te lo tenías y

lo bien planificado que estaba. *(Le da un beso y un abrazo)*. Anda, vete a ver el resumen de los partidos, nunca te lo pierdes. Mientras, yo prepararé mis cosas para mañana y pensaré si te doy mi bendición antes de que la carroza se convierta en calabaza, donjuán. *(Le pellizca la nariz)*. Con una condición. *(Señala, hacia arriba, con el dedo índice de la mano)*. Nada de hermanitos, ¿eh? No quiero que me hagas sentir aún más mayor.

Le guiña un ojo y salen de escena.

COLAPSADOS

Mateo Muñoz

DRAMATIS PERSONAE

AITOR. Un joven de 30 años delgado y alto, con el pelo castaño rizado. Viene de una familia conservadora en lo ideológico y en las costumbres.

SARA. Una joven de 27 años, delgada, de pelo castaño y liso. Hermana de AITOR, pero de ideología más progresista.

Piso lleno de paquetes. La puerta de entrada está a la izquierda, y da a una cocina estilo americana que se integra en el salón sin ninguna puerta que los separe. En el centro del salón, una mesa con cuatro sillas alrededor, y más alejado, contra la pared, un sofá sobre el que hay una pila de ropa. El salón no tiene decoración alguna aparte de los muebles. Se oye una llave, y la puerta se abre. Entra AITOR, un joven de 30 años alto con el pelo castaño rizado, que lleva una maleta. Este cierra y observa el salón. Se percata de la ropa del sofá, deja su maleta sobre la mesa, la abre, saca una bolsa grande, y se acerca al sofá para empezar a meter la ropa dentro de esta. Se oye una llave. SARA, una joven de 27 años, delgada, de pelo castaño, que lleva otra maleta, abre la puerta y se asoma.

SARA. Hola, Aitor. Vengo a echarte una mano.

AITOR. *(Sin mirarla)* Buenas. Gracias por venir *(pausa larga)*. Sigue tú con esto si quieres, que voy a coger lo que queda en el cuarto de mamá. *(Sale de escena)*.

SARA entra y cierra. Se acerca al sofá, se agacha para abrir su maleta, y saca una bolsa grande como la de AITOR. Cuando va a empezar a ayudar, le llega una notificación al móvil a la que le presta atención. AITOR entra, y va hacia la mesa con ropa y unas sábanas para doblarlas y meterlas dentro de la maleta. Ve a SARA con el móvil, y hace una mueca de descontento.

SARA. *(Sin dejar el móvil)*. ¿Cómo estáis papá y tú?

AITOR. *(Sin mirarla)*. ¿Yo?, deseando que sea verano. Y papá últimamente está harto de trabajar. Acaba los turnos agotado, ya solo quiere jubilarse.

SARA. *(Levanta la mirada y sonríe dejando el móvil)*. Lo de jubilarse no es nuevo.

Ríen. SARA abre la boca, pero se calla para pensar que va a decir.

SARA. ¿Y ya habéis pensado qué vamos a hacer con la casa?

AITOR. Qué más da... Si decías que te daba igual el piso.

SARA. Bueno ya, pero es que también es la casa donde me he criado.

AITOR. No lo sé todavía, Sara. Lo tenemos que hablar papá y yo.

SARA. Es que he pensado que quizás podríamos alquilarlo.

AITOR la mira extrañado.

AITOR. ¿Alquilarlo? ¿Y a quién se supone que se lo vamos a alquilar si todavía no hemos ni vaciado el piso de las cosas de mamá?

SARA. No sé, solo es una idea, si lo alquilamos podríamos ganar más dinero que si lo vendemos. Un piso en el centro de Málaga... Los turistas sueñan con un piso aquí.

AITOR. Eso es un lío. Hay que estar pendientes de quién lo alquila y todo eso...

SARA. Bueno... a lo mejor yo podría quedarme y pagaros el alquiler a papá y a ti...

AITOR. *(Molesto)*. Si quieres que te lo alquilemos dímelo, no te andes con rodeos.

SARA. A lo mejor me podría venir con Karim. Sería una buena idea

para que él tenga un sitio decente donde dormir mientras se soluciona lo suyo.

AITOR. (*Niega con la cabeza*). No, Sara. Esta casa no es una de las ONG de esas donde estás metida. Que se vaya a alguna asociación, pero aquí no.

SARA. (*Visiblemente molesta*). Yo también puedo opinar sobre lo que podemos hacer con el piso de mamá, ¿no?

AITOR. Bueno... A nosotros nos corresponde la mitad de esta vivienda, y la otra mitad es de papá, y no creo que quiera regalarle su parte a un moro.

SARA. ¿En serio Aitor? ¿A un moro?

AITOR. Decir moro no es un insulto, Sara, esa palabra describe a los árabes.

SARA. Cuando lo dices tú, sí es un insulto.

SARA dobla dos camisetas y las mete en la maleta, pero recibe otra notificación y se queda pendiente del móvil otra vez. AITOR la ve.

AITOR. ¿De verdad? ¿Estás para ayudarme o para mirar el móvil?

SARA. Me ha llegado un mensaje.

AITOR. Seguro que estás hablando con él.

SARA. ¿Quién es "él"?

AITOR. ¿Quién va a ser, Sara?

SARA empieza a doblar la ropa y a meterla en la bolsa.

SARA. (*Sin mirarlo*). Pues no sé, podría ser mi jefe, la funeraria, mi médica... ¿A ti qué te importa quién me haya escrito?

AITOR. Ha sido el chaval con el que sales, ¿verdad?

SARA no contesta. Silencio. AITOR se acerca a SARA.

AITOR. ¿Ha sido él?

SARA. Mi pareja tiene nombre. Sí, era Karim. ¿Por qué lo preguntas?

AITOR. Por nada. Es que me llama la atención que no esté aquí ayudándonos a recoger las cosas del piso. Mamá siempre lo trató muy bien.

SARA. No creo que quiera venir. Estaría incómodo.

AITOR. Ah... (*pausa*) "estaría incómodo" (*pausa*). Tu novio siempre dice que nadie le echó una mano cuando vino de Marruecos a España, y no quiere venir a ayudarnos a llevarnos las cosas de la casa de su suegra que ha fallecido hace poco.

SARA. No vayas por ahí, Aitor.

AITOR. Luego hablamos de inclusión, de integración, y ni siquiera es capaz de levantar el culo para venir a apoyarnos.

SARA. Si no viene por algo será, ¿no crees?

Silencio. Ambos se miran. AITOR suelta una risa.

AITOR. A lo mejor si intentara arreglar sus papeles, no tendría problemas.

SARA. ¡Ya ha llegado el cuñado de turno! ¿Cómo te gusta darme por saco, eh?

AITOR. ¡No es por ti, Sara! Deja de ser tan egocéntrica, por dios. Karim lleva aquí tres años sin trabajar, sin dar un palo al agua, y tiene la vida resuelta, porque tú eres tan sumamente idiota como para pagarle todo lo que necesita a un ilegal que no tiene papeles, y por Dios, no me digas que estáis liados con ese tema. Tres años lleváis pendientes de los papeles, Sara. El estado lleva tres años pagándole todo a tu novio. Que te regularicen cuando eres ilegal, es tan fácil cómo presentar una solicitud. Además, sabes perfectamente que papá le ofreció trabajo a los pocos meses de llegar y lo rechazó. No quiere trabajar porque es mejor vivir del cuento que currar. Olvídate del piso, no quiero que vuelvas a mencionar este tema.

SARA. Papá le ofreció una miseria, ¿qué esperabas, que le diera las gracias? Y no hay personas ilegales. Escúchame, necesitamos este piso,

estamos desesperados.

AITOR. *(Suelta una risa irónica)*. ¿Desesperados? No me jodas Sara. Papá se tira más de diez horas trabajando para salir adelante, ¿y me vas a decir de verdad que tu novio está desesperado? Lo que pasa es que los dos tenéis mucho morro. Lo peor de todo es que por Karim y la gente como él, personas como papá o como yo salimos perjudicados, y vosotros le aplaudís. Por culpa de esta gente los putos hospitales están colapsados, Sara. ¡Si en España no hubiese ni un solo inmigrante ilegal, habrían tenido dinero para tratar a mamá a tiempo y con más recursos, coño!

SARA. *(Alzando la voz)*. ¡No voy a pasar por ahí, Aitor! Karim no es responsable de nada de lo que ha ocurrido con mamá. No vuelvas a repetir eso.

AITOR. Date cuenta de una puñetera vez, Sara.

SARA. ¡Mamá murió de un cáncer que no le detectaron a tiempo, joder! ¿Por qué cojones tienes que meter a Karim en esto?

AITOR. Lo meto porque yo pago mis impuestos para que curen a mi madre de cáncer *(recalca el mi madre)*, a mi madre, no a un moro ilegal, ¿entiendes?

SARA. *(Alzando la voz)*. ¡Otra vez con lo de moro!

AITOR. *(Gritando)*. ¡Pues sí, porque tu novio es un moro joder! /

SARA. *(Interrumpiéndolo y explotando)*. ¡Que calles! *(SARA le tira la ropa a la cara y empieza a llorar)*. ¡Cállate la puta boca! ¡Estoy harta de ti y de tus ideas de mierda!

AITOR. *(Sorprendido)*. ¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loca, o qué?

SARA. *(Gritando y señalando a AITOR con el dedo)*. ¡Estoy hasta el coño de oírte a ti y a papá! *(SARA se acerca poco a poco a AITOR)*. ¡Estoy hasta el coño de vuestra mierda de racismo! ¡Tengo veintisiete años y me despreciáis porque no os gusta que salga con un musulmán! *(Se encara con AITOR)*. ¡Que no tengo doce años, hostia!

AITOR. *(Intranquilo)*. Sara, relájate por favor. ¿Qué te pasa?

SARA. *(agresiva)*. ¿Me preguntas qué me pasa? *(tapa su cara con su mano)* ¡Dios!

AITOR. *(Preocupado)* Respondeme, Sara.

SARA. No aguanto más vuestras mierdas *(se sienta en el sofá)*. ¡Eso me pasa!

AITOR. Sara, mírame *(le toca la cara)*. Tranquilízate *(SARA respira)*. ¿Qué pasa?

SARA. *(Mirando al suelo, afectada)*. Estoy embarazada de Karim, y cuando se enteraron en el trabajo me echaron para no pagar los costes de la sustitución.

Silencio. AITOR la mira ojiplático, se tambalea ligeramente, y se sienta en una de las sillas del salón. AITOR suspira.

AITOR. ¿Esto no es una broma, verdad?

SARA. ¿Me ves con ganas de gastarte una broma?

AITOR. *(Inquieto)*. ¿De cuánto estás?

SARA. Estoy de cuatro meses.

Silencio.

SARA. Esto no se lo digas a papá.

AITOR. No, papá no se puede enterar de esto. Al menos no por ahora. ¿Niño o niña?

SARA. ¿Qué?

AITOR. ¿Ya sabes si va a ser niño o niña?

SARA. Sí *(Pausa. Se emociona)*. Niña *(pausa)*. Es una niña.

AITOR. ¿Y cómo la vais a llamar?

SARA. Leticia.

AITOR. *(Muy emocionado)*. Cómo mamá... *(AITOR le da un abrazo a SARA)*.

SARA. La idea de llamarla así fue de Karim.

AITOR. Hablaré con papá para que os deje el piso. Y os ayudaré con los papeles.

SARA. No te pido tanto. Yo lo que quiero es que aceptes a Karim...

AITOR. *(Traga saliva)*. Vale. Me voy a esforzar, te lo prometo. Mamá no me perdonaría el dejaros tirados. Vamos a recoger lo que queda.

*AITOR y SARA se levantan de la mano, se abrazan,
y comienzan a guardar el resto de la ropa en silencio.*



III Taller de Escritura Teatral

Nivel Inicial 2026
Escuela de Teatro y Doblaje Remiendo

Impartido por:
**Luis Felipe Blasco, Gracia Morales
y Juan Alberto Salvatierra**